

En la poesía de la monclovense Dana Gelinas el paisaje es seco, desolado. En el desierto, bajo ese sol iracundo que vuelca la vida a la penuria, a la dolencia, a la sed, surge el milagro de un lenguaje directo, preciso, con el que Gelinas configurara el escenario ideal para el verso. Este paisaje se verá reflejado en la terminología que encontraremos a lo largo de su obra, tal como lo hace notar Luis David Palacios, en su texto “Hábitat”, publicado en *Círculo de Poesía*.

No obstante, esta característica, que además se aleja de la poesía solemne, ornamental, colmada de reflexiones existenciales y metáforas del siglo XIX y XX, se combina con otro elemento que la poeta trabaja perfectamente: el “yo personal” que se transforma en un “yo colectivo”.

La poesía de Gelinas es, en primer momento, personal, íntima, para posteriormente desplegarse hacia el otro, los otros, valiéndose de una segunda o tercera voz gramatical y de diversos tonos, provocando al lector a mirar desde diversos ángulos el “hecho narrado”. Estamos ante una poesía que en un escenario “infértil”, como lo es



Foto: Unsplash/Fabian Struwe

el desierto, encuentra vitalidad; su voz personal se multiplica en voces infinitas que manifiestan y reclaman ante la injusticia, las muertes, los dolores acumulados, no sólo de la época actual y no exclusivas del norte del país o de México, sino de otros tantos. De ahí que hablemos de una poeta actual y universal. Hecho, por supuesto, que la llevó a obtener con su libro *Boxers*, el Premio Nacional de Poesía Aguascalientes 2006.

Dana Gelinas apuesta por los sentimientos; su cercanía con la poesía de Jaime Sabines es inusitada. La emoción, ese volcarse y desgarrarse, sin embargo, no dejan de lado la rigurosidad del verso preciso y exacto, como el que encontramos en Octavio Paz; el verso punzante de Rosario Castellanos, Enriqueta Ochoa, Sara Uribe; el verso descarnado de Pita Amor, Amparo Dávila, Esther M. García. El verso a partir del dolor, así lo enmarca la poeta, así lo concibe. Leamos: *Volví al hogar, / a la ciudad que funde los rieles de los trenes, / y perdí el apetito. // Yo, este Yo que devoraba rib-eyes por costumbre, / mi Yo con apetito de beber coca-colas, / y cien diferentes tipos de ensaladas*

[...] *En mi casa vacía, / -un terrón de azúcar y una pizca de sal disueltos en agua de la llave-, / hidrataron un mínimo mi sangre / durante los tres días que tardé en recuperar mi automóvil* (Altos hornos, 2006):

## EL YO

El dolor tuvo que incubarse, echar raíz y quebrar justo por el medio. El dolor, reconfigurado en la escritura, nombrará las cosas del mundo con cada una de sus letras. El referente inmediato del “yo”, es el de Walt Whitman (no olvidemos el “yo” de un poeta muy cercano a nosotros: León Felipe), que aturde si no se lee con cuidado. Abrir el grueso de la obra de Whitman es entender la relación de ese “yo” a partir de la relación que el poeta establece con el alma y la naturaleza. En la poesía de Dana Gelinas, el “yo personal” se transforma en un “yo colectivo”. Es mecanismo de introspección, de diálogo consigo misma, con la naturaleza, con la historia, como lo será para Walt Whitman (el autor de *Canto a mí mismo* y *Hojas de*

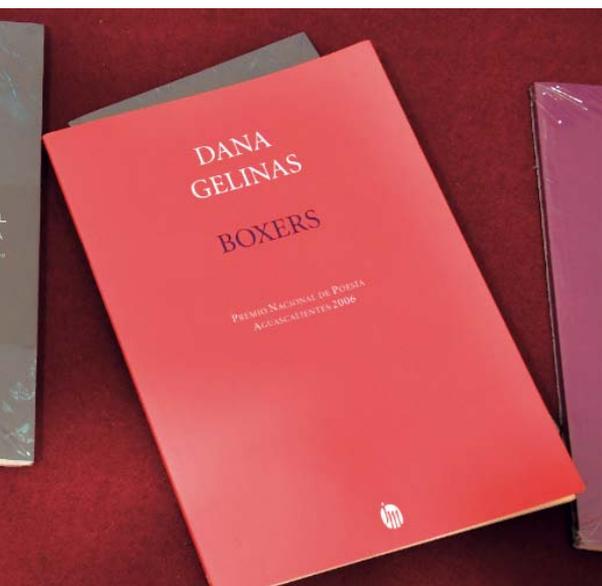


Foto: santacultura.org